

MEMOIR

Catalina Oz

Arcadia

Iris negro, pelo rojo. Cara redonda y nariz con forma de botón. En algún momento ella estuvo cerca, paseaba por la campiña con una canasta de mimbre, absorta escribía en su diario, casi siempre estaba sola. A veces la acompañaba un gato entretenido en enredar una madeja de lana, o un chico con el que se besaba a escondidas porque el enorme sombrero alado tapaba la colisión de las dos cabezas. Su mundo era de puntillas, lazos ondeando en la brisa, otoño y margaritas.

A primera vista podría suponerse que la bucólica vida de Sarah Kay, resultaba extemporánea a fines del siglo XX; una interpretación más desconfiada afirmaría que tal nostalgia puritana se encontraba en sintonía con el giro conservador de la era Reagan – Thatcher. El *Retorno al Orden* posterior al orgiástico período de hippismo, olas feministas, focos encendidos de izquierda se batallaba también a miles de kilómetros del corazón del Imperio, incluso en las colecciones de papel carta.

Catalina Oz, en *Memoir* emprende una arqueología de aquella educación sentimental para el silencio y la obediencia. Traza un desvío hecho de escenarios poblados de muñecas de porcelana con narices rotas, llaves que encierran silencios, dormitorios que refractan pesadillas en loop. Cava – o desentierra – el túnel que guarda en el hipocampo una memoria olfativa. Su mundo es Rosa, Rosa Chicle, el color más vilipendiado en la historia de la colorimetría : “Rosa es un color de ensueño. Rosa bombón aunque los bombones sean de color marrón. Pequeñas dulzuras para niños. Y para la mujer – la de nuestros sueños, o bien para la secretaria en su día – una cajita de bombones y un ramo de rosas. Con qué trivialidades se contenta tanta gente! Sentimental e íntimo, al abrigo de las temperaturas del mundo, el rosa se ha visto proscripto de banderas y blasones. Ajeno a las contingencias, cursi y vulgar, carece de pudor. Regodeado en su dominio, tampoco pretende otra dimensión que la del momento perfumado, la breve embriaguez. Y así es como rosa resulta, en resumen, el color maricón por excelencia” . La cita a Gumier Maier –tomada del prólogo de “El Tao del Arte”–, quizá alumbre, no solo una simpatía cromática, sino una genealogía algo impensable. Un parentesco madurado en la fascinación por la fantasía ornamental, el brillo de los abalorios, la pulsión íntima y doméstica, el sedimento *escuelista*.

Hay en *Memoir* también un eco de Laura Palmer. Un sueño lúcido de materia oscura. Juegos de espejos que no son espejos. Nubes de algodón y lluvia ácida.

—Florencia Qualina

Constitución

Del Valle Iberlucea 1140.
La Boca, Buenos Aires.

Curaduría: Florencia Qualina
Maquetación: Julieta Massacese
Marzo de 2025

MERIDIANO